

## Nóatún.

*Nóatún.*

*Allí tiene Njord para él una morada.*

*Bosque de Mástiles, Ciudad de Barcos.*

*Allí se sienta.*

*En su alta casa de madera.*

### Capítulo I. Jera.

Los sedales amarrados a las quebradizas cañas flotaban, arrastrados por cebos que se contorsionaban de formas dolorosas, hacia la superficie, donde habitan los peces de aguas poco profundas.

Junto a los hombres agazapados que sostienen dichas cañas y miran hacia arriba, se encuentran sus hogares. Grandes estructuras de madera «*En Nóatún no existían bosques de los que extraer madera como hacían nuestros antepasados, pero no los necesitábamos*». A la cuenca llegaban, arrastrados por las corrientes que convergían en ella, restos de barcos naufragados casi siempre cargados de objetos de la superficie.

Algunos objetos le eran conocidos: Madera, metales oxidados, cerámica, cristal... pero otros le eran totalmente ajenos. Los ancianos siempre requisaban los segundos y ordenaban a los hombres que los arrojaran en los límites de la aldea. «*Su llegada era símbolo del enfado de la triada de dioses que protegían Nóatún: Njord, Aegir y Ran. Ellos proveían a la aldea a cambio de que se realizarán festejos y rituales en su honor*». Los adultos siempre se ponían nostálgicos al recordar los tiempos en que las mareas arrastraban Drakkars enteros hasta la cuenca. La estructura de dichos barcos constituía la base de los edificios más antiguos de Nóatún. Aquellos que pertenecían a los más ancianos de la aldea. Él nunca había visto llegar ninguno, pero le encantaban contemplar los mascarones de proa con forma de dragón o bestia. Eran los vestigios de un pasado en el que los dioses proveían y ellos agradecían.

Aquel día acompañaba a su padre y a sus hermanos mayores. Se celebraba el festival de la cosecha y las familias necesitaban todas las manos disponibles. Atravesaron el abarrotado mercado de la plaza central de Nóatún y se dirigieron a las afueras. La parte del pueblo que enfrentaba a la pared sur de la cuenca se hallaba cubierta de un tupido bosque de algas. Durante el festival los adultos nos llevaban allí para recolectarlas y organizar un banquete en honor a Njord.

*«Era fácil perderse allí dentro, pero era tan divertido que no importaba. Las suaves algas hacían cosquillas en los brazos y piernas, y entre ellas, vivían bancos de diminutos peces de color aguamarina que se camuflaban entre las hojas. Era común que los adultos acabaran haciendo gran parte del trabajo mientras los niños jugaban en lo más profundo del bosque. Si alguno se perdía solo tenía que subir hasta alcanzar el otro extremo de las algas. No había peligro».*

Cuando el banquete había terminado, todos volvieron a sus casas, se hizo un silencio tímidamente acompañado del vaivén de las mareas, pero la oscuridad no envolvió la aldea. Se levantó del lecho intentando no perturbar las aguas *«Padre era muy estricto. “Nunca debemos salir de noche” siempre lo decía»*. Sintió una punzada de dolor en al apoyar el pie en los maderos del suelo — contuvo el grito y la maldición que pasaban por su mente —. Un hilo de sangre ascendió desde la planta del pie hasta el techo. Al apartar el pie, un pequeño crustáceo salió disparado antes de sufrir represalias.

— ¡Mierda! Maldito bicho. Ha debido colarse aquí mientras dormía. — taponó la herida hasta que dejó de sangrar —.

Continuó con su escapada saliendo por una grieta en el casco de la antigua nave y se tumbó sobre la quilla, en un lugar donde no encontró demasiada oposición por parte de la punzante fauna marina. Desde allí podía contemplar todo lo que pasaba sobre su mundo.

*«Por las noches el pueblo nunca se sumía en la oscuridad. Más bien todo lo contrario. Un millar de luces llevadas por las mareas iluminaban, con sus tonos verdes y azulados, Nóatún. Las calles estaban vacías, pero el pueblo transmitía*

*un aura de vida que te hacía sonreír. El día nunca acababa. La vida siempre lo inundaba todo. Amaba aquel lugar».*

## **Capítulo II. Eiwaz.**

Aquel día el gentío reunido en la plaza estaba agitado. Las calles estaban tan llenas que había que elevarse un poco para poder ver algo de lo que sucedía. Una hora antes, una gran sombra se había proyectado sobre el lecho marino y poco después había aparecido aquella... cosa.

En el centro de la plaza, donde antes se elevaba un pequeño ídolo de madera, un barril metálico de aspecto viejo y oxidado estaba incrustado en la arena. Una serie de grietas lo recorrían y por ellas fluía un espeso líquido ocre. Algunos hombres se acercaron para alzar el ídolo que yacía a un lado del barril. Todos empezaron a toser — se taparon la boca y la nariz— apenas se acercaron unos metros y tuvieron que retirarse para recuperar el aliento. La gente se alejaba asustada, los tenderos recogían sus puestos y pronto no quedo ni un alma en la plaza que minutos antes estaba abarrotada. Solo quedo el ídolo derribado y aquella nube negra que parecía... extenderse.

*«¿Tanto hemos ofendido a los dioses?».*

Poco después se corrió la voz. Los guerreros de Nóatún eran llamados al Gran Salón de los Escudos. Esbeltos guerreros de tez blanca y largas cabelleras rubias y blancas desfilaban por las calles en dirección a la colina más elevada de la cuenca — observó desde la quilla de su casa —. *«Mi padre y mis hermanos están entre ellos».* Todos llevan armas, todos están dispuestos a usarlas. Dicen que habrá lucha. *«Tengo miedo».*

Cinco horas después la sombra volvió a proyectarse sobre Nóatún y no hubo dudas, los guerreros no se quedarían de brazos cruzados. Doscientos guerreros de Nóatún ascendieron para combatir a lo que fuera que estaba dañando nuestro hogar y Doscientos guerreros desaparecieron en la oscuridad que ahora rodeaba Nóatún. *«No podía soportarlo».* Tomó una de las hachas de su padre y un pequeño cuchillo que usaba para destripar a los peces. Siguió los pasos de los guerreros sin saber que encontraría en la superficie.

No quería creer lo que estaba viendo. Los gritos de los guerreros viajaban a través del agua. Estaban atacando, sin éxito, la quilla metálica de un barco descomunal. «*Nunca podrán abordarlo. Debemos huir*». Había muchos cuerpos que descendían, sin vida, hacia el fondo. No tenían heridas visibles, pero estaban muertos.

Se encontraba tan absorto en el combate que no tuvo tiempo de esquivar el barril que se precipitaba sobre él. «*El último pensamiento que pasó por su mente fue “¿Lo han arrojado ellos?”*». Sintió como las fuerzas huían de él y poco después perdió el conocimiento.

### **Capítulo III: Berkano.**

Se despertó aturdido, le dolía la cabeza y tardó un rato en situarse. Nunca había estado en aquella parte de la cuenca de Nóatún. La arena era blanca y fina — Se sentía suave al tacto —. El fondo carecía de vida vegetal, pero estaba sembrado de enormes rocas de granito fosforescente. Emitían una luz limpia y cegadora.

Se acercó a una de aquellas rocas — retrocedió — el agua estaba caliente a su alrededor. Adelanto una mano para tocar una — puso la mano sobre ella — tenía miedo de quemarse. «*Latidos. Sentía los latidos de la roca*». Cuando fue a retirar la mano una pequeña forma se situó sobre ella, como si no quisiera que continuara con aquel gesto. Era un diminuto dragón azul, del tamaño de la palma de su mano. Era precioso.

En cuestión de segundos cientos de dragones salían de entre las rocas de alrededor, rodeándole y formando un torbellino de tonos glaciales que ascendía hasta la superficie y rompía como una cascada, cayendo de nuevo hacia el fondo. Era incapaz de ver más allá de él.

«*Es como si estuvieran danzando para mí*».

Cuando el torbellino se deshizo completamente y los dragones azules se dispersaron por todo el lecho, escondiéndose de nuevo tras sus latentes rocas, reparó en cuanto había cambiado aquel lugar immaculado y desprovisto de vida. Miles de babosas de mar se arrastraban y nadaban de un lugar a otro. Tenían mil formas diferentes y estas fluctuaban y cambiaban a cada segundo, mientras

un abanico de colores, que no llegaba a comprender, rompía con la blancura reinante hace unos instantes.

Se dejó rodear por aquella belleza y no reparó en la sombra que se extendía sobre él. Era el leviatán de acero y la miasma que expulsaba. La muerte lo había seguido hasta aquel lugar.

Las imágenes de cadáveres que se hundían en el abismo volvieron a él. Vio como el bosque de algas enfermaba, como sus hojas se volvían blanquecinas y grises, como se marchitaban al tocarlas. Los bancos de peces flotaban hasta la superficie. El hedor era insoportable. Vio la aldea de Nóatún oculta bajo un manto negro mientras los barriles seguían cayendo acompañados de montones de desechos y chatarra. Podía sentir el lecho marino bajo sus pies. Se había convertido en una masa oleosa y negruzca en la que se hundía. Podía sentir como algo tiraba de él hacia abajo, como intentaba sumergirlo en aquella repugnante tumba submarina. *«No puedo respirar. Njord, protégeme».*

Despertó por segunda vez, esta vez al filo de un acantilado. Desde allí podía ver la insondable oscuridad que existía más allá de los límites de Nóatún. El terrorífico mar abierto estaba a solo un paso. Jamás había estado tan cerca del fin del mundo. Al recordar lo que vería si volvía la vista atrás, dejó de tener miedo por la oscuridad que tenía frente a él. *«No puede ser peor que lo que he visto».* Lo sabía. Sabía perfectamente que Nóatún ya no existía, que toda su belleza se había apagado. La miasma le había arrebatado todo excepto su propia vida. — olfateó el aire — ni siquiera allí se libraría de esa peste. La miasma seguiría extendiéndose.

Desvió la mirada a un lado. Allí estaba una de las cuatro piedras rúnicas que protegían los límites de Nóatún — se acercó a la roca — la golpeó con tanta fuerza como pudo reunir, una y otra vez. Sus nudillos sangraban, sentía los huesos astillarse con cada puñetazo, pero al final consiguió derribarla. La roca cayó y quedó semienterrada en la arena, dejando a la vista los agrietados relieves de la runa. Se agachó junto a ella y recorrió el relieve con los dedos, dejando un reguero de sangre en él. Su significado hizo que rompiera a llorar.

*«Crecimiento, fertilidad... nueva vida».*

